

Psicoanalista, ¿especialista?

Arabella Caggiano
El psicoanálisis inserto en la polis

El año pasado apareció en un periódico de circulación nacional una publicación titulada "La perspectiva de género al diván: los pacientes ahora cuestionan a sus terapeutas", donde se brindaban declaraciones de pacientes que argumentaban a favor de la perspectiva de género, "como un requerimiento instalado que se les demanda a los analistas". Uno de los testimonios alegaba que, en el tratamiento que había iniciado previamente se sentía "incomprendida e incómoda"... "tenía que estar explicándole conceptos"... "empecé a entrever sus intenciones y sentía que estaba patologizando mi actitud. Le faltaba un montón de teoría y vocabulario que yo no iba a pagar para enseñarle"...

Esto, antes de encontrar la Red de Psicólogxs Feministas.

Por su parte, los psicólogos y psicoanalistas entrevistados en esta nota, algunos pertenecientes a esa red, coincidían, entre otras afirmaciones, en que: "La formación del psicoanalista y del psicólogo debe incluir estudios y perspectivas de género; en caso contrario, es incompleta"¹.

Que la cuestión de la formación del psicoanalista esté vigente, y no canonizada bajo los principios que nos habrían legado Freud y Lacan, dice del espíritu vivo del psicoanálisis sostenido en las preguntas de quienes intentamos practicarlo cada día.

Por un lado, las concernientes a "la época". ¿Qué lugar para esta escucha que pretendemos sostener en este contexto social que no es el mismo que aquel en que surgió? Los psicoanalistas, ¿tenemos algo para decir ante la pretensión totalitaria de la ciencia, los avances de la tecnología, la invitación permanente al consumo?

Por el otro, las que articulan lo específico de una formación que se desliza entre las formas instituidas y los intentos de no sacralizar y no burocratizar, porque quien se dice psicoanalista no es producto de una iglesia ni de un ministerio, sino efecto del recorrido de un análisis.

No son tres las condiciones para aprender lo necesario para el ejercicio del análisis en el texto de Freud. Porque a esas tres les falta, también siguiendo a Freud, aquello que debe adquirirse por medio de la práctica y del intercambio de ideas dentro de las sociedades psicoanalíticas. Y tal vez el acento debería estar en aquel "lo que falta" del escrito freudiano, más que en la enumeración de requisitos. Lo que falta no debería orientar hacia la ilusión de una supuesta completud en la formación, sino que señalaría su permanente incompletud.

Asimismo, cuando continuamos la lectura de ¿Pueden los legos ejercer el análisis? encontramos una referencia a la relación entre la formación analítica y la

¹ La Nación, nota del 19/03/18 Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/sociedad/la-perspectiva-de-genero-al-divan-los-pacientes-ahora-cuestionan-a-sus-terapeutas-nid2114753>

preparación médica. “Si algún día se fundara una escuela superior psicoanalítica debería enseñarse en ella mucho de lo que también se aprende en la facultad de medicina... Pero, por otro lado, la enseñanza analítica abarcaría disciplinas ajenas al médico y con las que él no tiene trato en su actividad: historia de la cultura, mitología, psicología de la religión y ciencia de la literatura”².

Resonancias, otra vez, de “lo que falta” a la formación médica y de lo imposible de agotar en el dominio de las asignaturas mencionadas, cuyo listado podríamos concluir con puntos suspensivos. Porque, ¿quién no ha escuchado a alguno de sus maestros en psicoanálisis recomendar ver una película, o jugar un partido de football..?.

Ahora bien, ¿deberíamos agregar a la instrucción teórica que participa en la formación del analista el estudio de la perspectiva de género?

Antes de apresurar un sí o un no, revisemos qué se juega en la expresión: formación del analista³. Porque quizá, en lugar de intentar agotar la lista de los campos de saber por los que el analista debería transitar, valdría preguntarse por el lugar que dicha instrucción ocupa en la mentada formación.

En la formación no se trata de una buena forma a alcanzar, siguiendo algún modelo. Porque tampoco se trata de “el analista”. Analista no es un ser. Y vaya esta vez por escrito el reconocimiento a José Azar quien, en los momentos de presentar su palabra en Jornadas, reuniones, y/o Coloquios, pedía que a su nombre le siguiera la expresión: “trabaja como analista cuando es convocado para eso”.

Más cerca del estar que del ser, distinción que nuestra lengua nos permite, la del analista es una posición. Estamos como analistas, por momentos.

La instrucción teórica, como Freud la llama, es una variable en la formación y se presenta junto al análisis de control y al análisis personal constituyendo el célebre trípode. Pero estos (por ahora aceptemos que son tres), no por presentarse juntos marchan al unísono. El análisis, arriesgaríamos, tiene una función respecto a los otros. Les despeja el camino.

Los destinos de las lecturas que cada analista hace no son independientes del recorrido de su análisis.

Vale decir, aquello que es dado a leer, ver, escuchar... tomará, tocará, a cada analista de manera singular, produciendo consonancia o disonancia con las marcas de su análisis, y transformándose entonces, en dogma o en pregunta, causa de investigaciones, obstáculo a trabajar, o incluso olvido.

Retomemos nuestra pregunta sobre si es menester que el analista conozca sobre perspectiva de género. Si, en tanto y en cuanto esto no lo convierta en especialista. Como no es especialista en niños cuando recibe en su consultorio a algún “loco bajito”. Porque en psicoanálisis se trata del sujeto.

² Freud, S. ¿Pueden los legos ejercer el análisis? En: Obras completas, tomo XX, Amorrortu, Buenos Aires, 1992, pág. 230.

³ Lacan dijo que no había hablado de la formación del psicoanalista, pero también dijo, al iniciar la clase XVIII del Seminario 11: “Formar analistas ha sido, y sigue siendo, la meta de mi enseñanza.”

Ni especialista en niños, ni especialista en género, pero advertido de los saberes que circulan respecto a una y otra cuestión, que además pueden presentarse de modo articulado. Así, en ocasiones, las consultas por los llamados niños o adolescentes “trans” requieren una escucha atenta que no se apresure a tomar partido, preservando en el analista la “ignorancia siempre nueva para que ninguno de los que viene a verlo en análisis sea considerado como un caso”, de acuerdo a la expresión de Lacan en Subversión del sujeto...

Tanto para Freud como para Lacan, el principio de evitar que los ideales y juicios de valor del analista intervengan en la dirección de la cura, baliza el camino que analista y analizante emprenden.

Este principio no es una regla técnica. Su eficacia, en consonancia con la ética del psicoanálisis, radica en que se enlace con el análisis del analista y con la singularidad de quien nos consulta, cada vez.

Para dimensionar la trascendencia que los estudios de género tienen desde hace tres décadas, basta mencionar que en nuestro país ha recibido sanción la Ley de identidad de género que entiende que ésta es “la vivencia interna e individual del género tal como cada persona la siente, la cual puede corresponder o no con el sexo asignado al momento del nacimiento...” Y que habilita a toda persona a “solicitar la rectificación registral del sexo, y el cambio de nombre de pila e imagen, cuando no coincidan con su identidad de género autopercibida.”⁴

Una de las preguntas que aquella nota del periódico había suscitado era: ¿basta con que citemos el renombrado “caso por caso” para desacreditar la idea de una preparación del analista, ya sea en cuestiones de género o en la particularidad que fuere?

Ahora bien, aquí cabe preguntarse: ¿sexo y género se recubren?

En psicoanálisis, la identidad sexual no se reduce a la cuestión de género.

El sexo no es sustancia biológica. No está determinado por la genética, la química, o lo hormonal.

Pero tampoco es un producto absolutamente discursivo. Es decir, si bien cada época y cada cultura construyen sus significaciones respecto a varones y mujeres, no son estos discursos los que constituyen la diferencia.

“La diferencia sexual es real.”⁵ El sexo designa el fracaso del discurso por decirlo todo.

Lacan nos legó con las fórmulas de la sexuación una forma lógica de escriturar la diferencia entre los seres hablantes.

Todo ser que habla se inscribe en uno u otro lado.

El hombre en tanto todo se inscribe mediante la función fálica, aunque no hay que olvidar que esta función encuentra su límite en una x que niega la función. El todo se apoya en la excepción.

⁴ Artículos 2º y 3º de la Ley 26.743, sancionada el 9 de mayo de 2012.

⁵ Amigo, Silvia. La autorización de sexo y otros ensayos. Letra Viva, Buenos Aires, 2014, págs. 18 y 19.

Del lado mujer, lado permitido a todo hablanteser, la inscripción no hace ningún universal, entonces cada cual se inscribe como no-todo, una por una.

“El principio de clasificación no es descriptivo. El hecho de caer en la clase de los hombres o de las mujeres depende, antes bien, de dónde se ubica uno como argumento en relación con la función, o sea, qué posición enunciativa se asume.”⁶

Lo que llamamos elección de sexo en psicoanálisis no debería ser confundido, bajo el imperio de la libertad y los derechos, con una decisión consciente apoyada en los gustos, las ganas, y, mucho menos, en el rechazo a la diferencia.

Esa elección, más bien autorización de sexo, no es sencilla, requiere tiempo, y trabajo. Por algo Freud habló de metamorfosis en la pubertad.

El psicoanálisis, injerto en la polis

El surgimiento del psicoanálisis, el descubrimiento del inconsciente, no pudieron haber sido antes del nacimiento de lo que se ha llamado el siglo de la ciencia. Ciencia moderna que inauguró una nueva perspectiva en torno al sujeto, al saber y a la verdad.

El psicoanálisis, en este sentido, surge en la polis.

Pero, en su venida al mundo hay también una diferencia respecto a las llamadas ciencias humanas, y es que lleva la marca del deseo de su creador.

El deseo del analista, noción lacaniana, operaba en Freud al momento de escuchar a sus primeras pacientes y ese encuentro está en los fundamentos del psicoanálisis.

Surgido en una época y producto de un deseo, el psicoanálisis no consiste en la sola aplicación de una técnica, porque la técnica, aquí, no se separa de la ética; y la relación entre ambas se sostiene en el deseo del analista. Manteniendo a raya el fantasma de cada analista, este deseo orienta la cura para hacer advenir el deseo del analizante.

En estos tiempos de cambios vertiginosos y fanatismos, donde parecería que la opción es: a favor o en contra, recuperamos una pregunta de Lacan, en el seminario L'insu... ¿Qué es lo que sucede cuando se cambia de sentido, cuando uno orienta la cosa de otro modo? Propone la neutralidad del analista como subversión del sentido, como una especie de aspiración no hacia lo real sino por lo real.

No se trata de una tendencia que iría hacia..., sino lo real como orientación.

La escucha del analista se orienta por lo real, lo real como imposible de ser cubierto por lo simbólico o lo imaginario.

Ante la proliferación de sentidos que cubren la diferencia sexual, el analista no se apresura a tomar partido.

“Tiempo”, sería la propuesta que rescata y acompaña los tiempos instituyentes en la infancia y la adolescencia.

La neutralidad no es el silencio.

⁶ Copjec, Joan. El sexo y la eutanasia de la razón. Paidós, Buenos Aires, 2006, pág. 37.

Si el psicoanálisis está inserto en la polis, inserto, injerto, no está confundido con el tejido social.

Injerto incompatible, sería en la agricultura. No se acomoda. Pero está, y su presencia nos recuerda la imposible armonía en la cultura.

Ni partidismo ni indiferencia, la neutralidad del analista podría ser un modo de la particular inserción del psicoanálisis en la polis.

Arabella Caggiano